revista mensual de librería y foro gandhi abril 1988 mayo

29



BLANCO MÓVIL

LOS PRIMEROS PASOS

Hablemos, que hablen los otros, que todos intentemos hablar. El derecho otorgado. El poder nos entrega una sonrisa de complacencia. Uno ha hablado anteriormente, solo que los canales son mayoritariamente los interpersonales; las parabólicas les pertenecen a otros. Las vísceras se quejan de tanto dolor interno. Si matan a un periodista pasan los años y nadie sabe nada con todo y premio multimillonario, hieren a un conocido boxeador y a las 48 horas la policía ha resuelto el caso. Evidentemente habría que transformar a los asesinos políticos en boxeadores para resolver su caso. Se queman o se incautan obras de arte de nuestros museos; premios a los incendiarios, la destitución de los directores de esos museos. El temor comienza a establecer levemente su poder en el mundo de las artes plásticas. ¿No existirá alguna forma de protesta y defensa frente a esto? ¿Por qué los artistas plásticos no deciden realizar un boicot de participación con la actual dirección oficial gubernamental de galerí as y museos? El temor debe ser enfrentado sin temor. Las conveniencias de hoy pueden ser la mordaza de mañana. Que hable la gente. Que no nos aturdan los gritos que claman venganza; llenando de cera los o ídos de las sirenas de la laguna nuclear o electoral. Otros países que se convulsionan cercanos al nuestro entre alaridos democráticos y las amenazas de los cañones del vaquero convertido en el profeta del fuego y las cenizas. Tantas cosas que hablar. Saltar a las mesas de café clasemedieras argentinas, imbuidas de manchas y temas polémicos, una sociedad que se ha movido y tambaleado constantemente como si fuera su estado normal. En la narrativa de Silvina Bullrich se encuentra el tono de la mujer que enfrenta a la sociedad y la desafía. Su denuncia de las injusticias y las arbitrariedades, como su capacidad de vibrar con los aconteceres de su país, conforman el mapa en que los lectores se ven reflejados. Mapa ampliado a la crisis de la vida contemporánea: relaciones de pareja, familiares, y amorosas. La búsqueda de lo inmediato, de lo que puede ser contado rapidamente, con ternura o dureza, con humor, con escepticismo, pero sin imponer ningún modelo de asombro, revela a nosotros los lectores un mundo que es imperativo penetrar. El agua sigue inundando lo inundado. Nada de brindis, por favor.

Eduardo Mosches

NUESTROS ESCRITORES

Páginas de Silvina Bullrich*

Nicolás Cócaro

La crisis económica y política de los años 1928-1930 repercutió en el pueblo argentino, aunque no alcanzó una dimensión crucial. Mientras tanto, la sociedad porteña seguía desenvolviéndose, dentro de sus manifestaciones culturales —lo americano y lo universal—, más cercana a Francia que a la influencia española, alemana o inglesa.

Entre las familias distinguidas de aquel entonces, se destacaban los Bullrich, de origen hamburgués, aunque, según lo relatará luego en Mis memorias¹, una de sus descendientes, los antepasados se sintieron apegados a los franceses y, por el momento, desdeñaron otras orientaciones políticas, literarias o artísticas de países europeos.

El padre de Silvina Bullrich, un médico recordado por sus discípulos, tuvo predilección por el arte, es decir, desinteresado. De esa manera le hace honor a la tradición argentina que, si bien en su desprendimiento no abarca a la generalidad, contaba con el beneplácito de las "inmensas minorías".

¿Qué buscaban más allá de sus estancias, de las exportaciones de carnes y cueros a Gran Bretaña y de sus honorables profesiones estos argentinos que hoy, con algunas extrañas y honrosas excepciones, se han extinguido?

Querían que los rioplatenses —y en esos años eran admirados y reconocidos en Europa— sirvieran más que de ostentación, como una manera refinada de vivir en un mundo de arte, música, ciencia y literatura.

"Yo no sabía en aquel entonces —confesará Silvina Bullrich— que mi apellido quería decir en inglés "toro rico", ni que los parientes de mi padre harían de nuestro nombre un sinónimo de campos, estancias, ventas de ganado y de caballos de raza."

El Dr. Rafael A. Bullrich fue uno de esos profesionales que atesoran, con esfuerzo pecuniario, piezas importantes de la pintura universal.

Entonces, aun aquellas familias norteñas que vivían con decoro eran propietarias de sus casas —lujosas las denominaríamos en esta época— y se brindaban y agasajaban de acuerdo con las reglas sociales de una época de esplendor económico y de frivolidad.

El mundo apenas estaba al tanto de las zozobras que se cernían sobre Europa y no presentía que una nueva guerra mundial estaba latente en el horizonte o, según la calificación de O. Splenger, en la empinada cuesta de

¹ Silvina Bullrich, EMECE Editores, 1980.

^{*} Tomado del libro Páginas de Silvina Bullrich.

"la decadencia de occidente".

"La grande Argentina", una Argentina pródiga, de extensos y descuidados territorios, casi despoblados, pero orgullosa y esperanzada en sus "ganados y en sus mieses", marchaba confiada porque todo le había sido dado, sin recurrir a esfuerzos extremos, aunque la inmigración, desde las últimas décadas del siglo XIX, venía acuñando —anarquismos, reclamos sociales y violentos— otra expresión más compleja, capaz de modificar el carácter amistoso y abierto del criollo.

El gobierno de Hipólito Yrigoyen se debilita. Una expresiva muestra de su indecisión compromete a las fuerzas armadas y, finalmente, en 1930, salen a la calle a restaurar principios de la nacionalidad (se puede leer en los periódicos de ese entonces) que se creían olvidados.

Es posible que Silvana Bullrich estuviera inmersa desde su niñez y adolescencia en un ámbito conservador y, seguramente, más allá de esa corriente ideológica —a veces por moda, a veces por convicción—, otros grupos de esa misma sociedad continuaban fieles a los principios de las filas radicales.

Una ola de nacionalismo parece despertarse entonces entre algunos de los círculos más comprometidos del país. Sin embargo, uno de los pocos civiles que intervienen en esa revolución, estampido inicial de otras más cruentas que se sucederán con intermitencia desgarradora, se aleja desesperanzado. Es que el ideal de Leopoldo Lugones —ayer en el socialismo, hoy en el centro— estaba lejos de la Argentina más actual, promisoria, cambiante y desilusionada de esos años. Y el escritor también busca otras voces, otros llamados de la tierra, otras corrientes para su ensoñación ideológica, sincera y pendular.

Sin embargo, la lucha entre los sostenedores de la democracia y los que miraban con simpatía a las naciones del Eje, vencidas en la Segunda Guerra Mundial, afloraba y se convertía en llega viva en una nación que perseguía, con obstinado esfuerzo, su destino histórico.

Pero, más allá de una formación que luego se reflejará en la narrativa, definidora de tres aspectos —la tierra, la sociedad porteña y el cosmopolitismo—, Silvina Bullrich inicia, con la libertad y la falta de compromisos que siempre caracterizaron todos sus actos, un discutido y afanoso camino literario.

Las primeras colaboraciones aparecieron en el suplemento literario del diario La Nación. Mientras tanto, superando los prejuicios de una sociedad que no veía con buenos ojos a las mujeres profesionales o liberadas, Silvana Bullrich escribe su primer libro—poemas modernistas—, que tituló Vibraciones.

El nombre de la escritora comienza a ser pronunciado por una comunidad en parte escéptica y en parte entusiasta de la obra literaria de una joven perteneciente a una de las clases sociales altas de la Argentina.

Colabora con críticas literarias en una divulgada sección de libros de la revista Altlántida. Silvina Bullrich recuerda que, ya en esos años, dominaba el francés y poseía una memoria excepcional. Leía, en su idioma original, a Pierre Loti, Bourget y Bordeaux. Además, como dato pintoresco, y se lo hemos oído repetir en distintas oportunidades, conoció el Quijote en una edición francesa para niños.

Sin embargo, como una afirmación de su consubstanciación americana, mejor, argentina, la autora se deslumbra con la lectura permanente, actual, ahora clásica, de las páginas de José Hernández, Enrique Larreta, Ricardo Güiraldes y Roberto Payró.

Pero, en esa lucha inacabada entre la primacía de autores franceses y americanos, otra vez se siente próxima a los franceses Rostand, Lamartine, Corneille y Racine. "Teníamos —su hermana y ella— un mundo interior muy rico, pero en el de ella había más lugar para el arte, el lujo, los refinamientos; en el mío sólo cabía la literatura." Es probable que en esos días hiciera suya la conocida frase de Gobineau: "Il y a l'amour et puis le travail, et puis rien."

En 1928, época de la crisis, Silvina Bullrich, adolescente, fijó en su memoria impresiones hechos aislados, fragmentos de conversaciones y momentos aleccionadores de una sociedad en ebullición que luego le darían oportunidad de reconstruir, en una proyección insospechada, algunos episodios que serán definitorios para el tono de las novelas que fueron apareciendo en las cinco décadas siguientes.

En esa época, aunque todavía su

vida gozaba de la proyección del hogar, intuye que el amor y el dolor, alternativamente, como en la tragedia griega, se darán la mano para su existencia escape a la rutina opaca de muchas mujeres de su generación.

Podría haber hecho suyas las palabras de Hermann Hesse en *Demian* cuando reconoce que de la puerta de su casa para afuera la borrasca de los otros.

"He tenido una vida muy rica, muy intensa en el amor, en el dolor, en la felicidad, en el placer, en los viajes y me cuesta quedarme en la lentitud de los días de la infancia y del principio de la adolescencia" ha escrito.

Había publicado, lo dijimos, su libro de poemas Vibraciones, colaboraba en La Nación y sus diecinueve años sentían que estaba a "la vanguardia de un mundo que agonizaba en medio de su hipocresía boba".

En esos años la novelista ha reconocido, en páginas que, seguramente, en el futuro servirán para medir la sinceridad de su proyección de escritora, la inestimable ayuda literaria de Eduardo Mallea, a veces olvidado, a veces reconocido. Al frente del suplemento literario de La Nación demostró su amplia cultura humanista y el señorío que lo caracterizó, como escritor de obra perdurable y como hombre de intachable y ejemplar conducta. Sin duda, cabe mencionar la amistad de Silvina Bullrich y Jorge Luis Borges, entonces como ahora, lúcido y riguroso escritor de lo nacional y de lo universal. Borges, que publicó el libro El compadrito en colaboración con Silvina Bullrich,

sin afanes de maestro, alentó a la joven escritora, le transmitió la lección perdurable de la justeza idiomática y el horror a lo vulgar y a lo chabacano.

En los años de la Segunda Guerra Mundial, mientras las ideas en favor o en contra de los contendientes marcaban matices en la sociedad argentina, Silvina Bullrich sintió que le correspondía cambiar su actitud, un tanto afrancesada, por una "pasión argentina" e inició su pequeña comedia humana.

El camino del escritor es ancho y misterioso. Los tropiezos suelen provenir del público lector o de los colegas. Silvina Bullrich, desde La redoma del primer ángel (Premio municipal de literatura), pudo comprobar, y luego le seguiría sucediendo a lo largo de su carrera literaria, que contaba con la simpatía amplia y generosa, a veces inestimable, del lector, pero muchos de sus colegas se volvían desdeñosos frente a su obra, cuya venta suele alcanzar cifras que llenan de admiración o de dudas a los menos avisados del oficio.

Nadie puede vivir nuestra vida. Solamente nosotros. Nadie puede escribir nuestra obra. Esta verdad conocida fue valientemente enfrentada por una mujer sin miedo. Nunca lo ha tenido. De ahí que, después de 1943, la tragedia y las ansias de vivir la sacuden íntimamente. Muere su padre, aquel médico recordado por sus amigos y evocado, como lección de vida, por sus discípulos; fallece trágicamente una hemana de la escritora. Y la tragedia de una vida —así la podríamos denominar— cierra el círculo, con un suceso menor, el divorcio. Silvina Bullrich asume su lucha, se embarca con madurez en la existencia y lo hace sola. Enfrenta la soledad, esa soledad —otro de los temas narrativos persistentes de sus personajes— que la acompañará, saltando por encima de algunas islas de felicidad, a lo largo de las décadas venideras.

La escritora acumula vivencias. El trabajo, la buena comida y el verdadero placer forman parte de la cultura. Inicia su tarea en el campo con el tambo "La Guapeada". Ahora sabe que no solamente los obreros de las grandes urbes tienen como base un salario insuficiente, ahora puede decirlo, en un diálogo pleno de argumentos, a la doctora Alicia Moreau de Justo, que los socialistas se pueden olvidar de quienes trabajan, con escaso aliciente, en los campos argentinos, sean patrones, chacareros o peones.

No ignora que tendrá que abrirse paso como mujer y como escritora con escasa ayuda. Pocas serán las voces de aliento. Muchos serán los gritos satíricos con remedios de auténtica crítica.

Su narrativa, que es, lo aclaramos, una pequeña comedia humana, abarca el plano de los conflictos más íntimos de sus personajes, por lo general aristócratas y burgueses, y el ámbito social en el que se proyectan esos hombres y mujeres angustiados, muy pocas veces satisfechos. Se sienten, por otra parte, asumidos en una sociedad que anhela madurez en un país inestable, porque va en busca de su propia expresión,



absorbiendo todas las manifestaciones de la cultura más necesarias o más exóticas.

Los personajes de estas novelas y cuentos surgen de la trama imaginada, con sus facetas de esperanzas e ilusiones, o enfrentados con quienes comparten, por un tiempo, una manera de vivir que los ata, los obliga—según otra ladera narrativa— o los limita en su condición de hombres o mujeres insatisfechos.

Bodas de cristal, Un momento muy largo, Mañana digo basta, Los burgueses, Mal Don y Los salvadores de la patria están unidos por lazos sutiles a lo largo de un itinerario novelístico que ha ido madurando hasta lograr un mosaico en el que caben los egoístas, los cínicos, los violentos, los abandonados, los hipócritas, los ávidos de riquezas, las mujeres en soledad, los amantes y los divorciados.

La autora, a veces, se desdobla, por ejemplo en *Bodad de cristal*, para darle vida a la actitud que asume la mujer legítima o la amante dentro de la sociedad que no suele tolerar las profesiones liberales —y en ello insiste Silvina Bullrich— cuando se trata de mujeres.

Distinto en el planteo de la protagonista que en *Un momento muy largo* recurre a un trabajo para sobrevivir y siente que el amor se torna una necesidad insoslayable en su condición femenina, decidida, acuciante, marcada por una sociedad, en parte aburguesada, que la tolera y, sin embargo, le desconoce su sincera evación o su situación de emancipada. Otra dimensión, en la que suele insistir la autora, es aquella, tan reiterada en sus ensayos, en sus confesiones autobiográficas o en sus cuentos, que se presenta como la soledad en compañía. En *Mañana digo basta*, otra vuelta de tuerca en su narrativa, recurre a la desesperación de una mujer de cincuenta años que es juzgada con asperezas por sus hijas, incapaces del menor asomo de piedad.

Es probable que el lector siga el ritmo argumental, en otro caso, sin buscar entre líneas, porque no le interesa, porque no es su misión de lector regido por otras preocupaciones estar enterado que *Bodas de cristal* fue escrito cuando su autora contaba treinta años de edad. En esa narración, y esto es lo importante, se desdobló en cuatro personajes —y esta es la exaltación del yo en la novela moderna—, porque se sentía cómoda y necesitaba expresarse a través de cada uno de ellos.

Las relaciones entre padres e hijos —para explicar otro aspecto narrativo— suelen ser planteadas de manera precisa, tal vez, diríamos, descarnadas, en los distintos momentos de su ciclo de narradora que todavía se interesa por el argumento.

En muchos casos los conflictos se reducen al mundo íntimo de una familis o de un ser que siente la pasión o el aislamiento sin que trascienda al plano social más inmediato. En otros, el ámbito utilitario —así ocurre en las últimas novelas— enfrenta a los protagonistas, los pone en la situación de doblegarse y aceptar la realidad cambiante del país, o rebelarse, o perder y

rescatar fortunas en el general naufragio de una década de especulación y violencia. Así sucede en *Escándalo* bancario y en *Después del escándalo*.

Quien recorra las páginas de la recordada novela *Mañana digo basta* volverá a considerar las reacciones de la mujer madura. La exaltación del individualismo es patética. Se plantea un interrogante. Hace un balance de su pasado. Con nostalgia recuerda su juventud. No puede evitar la amargura al comparar estos días, despojados de confiadas esperanzas y de ilusiones, con aquellos años inquietos, ardientes y deslumbradores del ayer.

Ahora — icómo logra la novelista jugar esos planos antagónicos!— los hijos y los nietos reclaman aquello que consideran "sus derechos", pero ella, aunque no se resigna, no posee ninguno:

Mente y cuerpo son todavía jóvenes, pero la familia, en primer término, y luego la sociedad, que la observa a través de una lupa muy particular, aumentando los defectos y ocultando las cualidades, parecen ignorar su derecho a vivir. Es entonces cuando alcanza el instante desesperado y hostil y sólo puede exclamar: ibasta!: "Una voz irónica murmura en mi interior: ¿Será siempre mañana, verdad? ¿Y bueno qué hay si en vez de ser hoy es mañana? Pero, seguro, seguro como que hay Dios: imañana digo Basta!" Esta posibilidad, más revolucionaria en lo argumental que en la técnica, acentúa el enfrentamiento con la sociedad.

¿Cómo son sus personajes masculinos? La gama es amplia. Sin embargo, hay un tipo de hombre que escapa a la fiebre del dinero, o no se presenta respaldado por una clase social que acoge con reverencial respeto sus principios heredados aparentando reconocer la igualdad de la mujer.

Dentro de este ciclo novelístico, más precisamente dicho, en las páginas ácidas, críticas, que señalan los defectos, más que los aciertos, de una burguesía, la pequeña comedia humana presenta, en Los pasajeros del jardín, la nobleza de una actitud y la valentía para enfrentar con serenidad una existencia que se aleja de los otros personajes de la autora. Hasta el momento de asumir su muerte ese personaje sereno, desgarrador, muestra otro círculo, acaso difícil de desentrañar y tal vez más cabal en este tiempo en que nos ha tocado actuar, reír, sufrir, morir. Esta narración es un modelo para aplicar aquel principio de la novela moderna que establece la importancia de la manera cómo se dice y se aleja de lo que se dice.

Tal vez Silvina Bullrich pudo repetir el verso memorable de Rainer María Rilke, que conmovió a toda una generación de poetas y novelistas argentinos en los años cuarenta y cincuenta: "Señor, danos a cada uno nuestra muerte propia".

Hay en *Mal Don*, para citar otra obra, personajes individualistas que definen, que recorren la gama rebelde del pícaro, del astuto, del que no ignora que lo mejor es pasajero. Por eso lo seguro es la inseguridad. Para algunos de ellos, un directorio empresario no tiene secretos; para otros, los

jóvenes luchan para obtener un título profesional, o no pueden escapar a una infancia de miseria, de sacrificio en una época de rebelión que agitó al Uruguay, a la Argentina, a Chile, a Perú, a Paraguay, al Brasil, a Bolivia, en fin, a toda América. En su mayoría, los novelistas actuales hacen "literatura para una sociedad asocial", según Alex Comfort.

Frustaciones, decepciones y momentos acuciantes perfilan a la sociedad como protagonista, y entre desposeídos y pudientes surge una actualidad a la que hemos llamado, en este ciclo novelístico, pequeña comedia humana.

Sirva Mal Don para una acotación más. La escritora observa el mundo. Aquellos que miran y ven son los artistas, y transmiten esas experiencias al ciudadano de todos los días. Ese ámbito rioplatense de la sociedad está descripto desde la perspectiva de la autora proyectándose en el empleado, el obrero, el que poco y nada posee y que condena la vida de los que acumulan riquezas con métodos especulativos. Las páginas de Silvina Bullrich acerca de los éxitos ajenos sirven para trazar la radiografía de un integrante de la sociedad incapaz de conocerse a sí mismo, sujeto a la crítica sociológica. Por lo general ese personaje es joven, burgués, entusiasta de las ideologías de izquierda, quien, en contraposición con su hogar y posibilidades económicas, defienden a los que nada tienen y sin embargo no sacrifica, en la mayoría de los casos, sus innumerables comodidades. La novela vive,

nutriéndose de la historia, lo épico, el periodismo, la sociología, la psiquiatría, etc., hasta convertirse en un género, más que decadente, revolucionario, denominado novela-ensayo.

En La mujer postergada se puede leer esta confesión: "Elegí mi libertad.

Lo pagué y lo pagué caro".

¿Qué significa elegir mi libertad? Desafiar, en este caso, las convenciones de una burguesía que, en décadas pasadas, no admitía que la mujer se desenvolviera en la sociedad argentina en igualdad con el hombre. Sin embargo, la mujer, al dar este paso, no queda aislada, debe convivir con esa sociedad argentina en igualdad con el hombre. Sin embargo, la mujer, al dar este paso, no queda aislada, debe convivir con esa sociedad y responder a sus voces interiores: "Los personajes de mis libros son como yo heterosexuales pero apasionados, dependientes del ser querido, tratando siempre de restaurar alguna nueva herida, porque en el amor las heridas se suceden antes de que la anterior haya dejado de sangrar. El amor en sí mismo duele aun en las horas de felicidad. iCómo no va a doler en las horas de agonía!"

En ese caso está Bárbara, para volver a sus personajes—islas, en *Un momento muy largo*, que debe luchar, y desempeñarse como traductora o intérprete *free lance* de las Naciones Unidas, y es tan apasionada, llegado el momento, como cualquiera de las mujeres argentinas que se sienten acuciadas entre el amor y el trabajo. "Es inútil negarlo, ninguna mujer normal puede vivir sin amor, y yo leía

mi soledad en las miradas afectuosas pero en el fondo indiferentes de mis encantadores amigos", En contraposición con Bárbara, ya que hablamos de esta importante novela, aparece Nicolás, "el macho egoísta" —así lo presenta la autora—, que se contenta con los fugaces contactos del sexo, más que con la profundidad del amor. "Era impulsivo, desordenado y caprichoso." Sin embargo, la amante se deslumbra enamorada, ante esa actitud y ese frenesí.

Con el transcurso del tiempo, Silvina Bullrich escribirá acerca de Un momento muy largo: "Aunque esta corta novela mía me importa mucho porque considero que es uno de los últimos libros que se han escrito sobre un gran amor, dado que los "best-sellers" actuales se apoyan en temas como el dinero, el petróleo, los grandes consorcios y todo lo que ocurre a escala mundial o al menos pública, pero no se internan en los meandros de la vida privada debo admitir que muchas mujeres considerarán que no pinta estados de ánimo que ellas hayan conocido o vivido."

La escritora, según se puede apreciar, está decidida, en algunos casos, a saltar por encima del drama íntimo para enfrentar el peligro que se cierne sobre un sector social argentino. En Los burgueses se presenta la situación de los integrantes de una clase social acomodada, que se debaten entre la adaptación a una nueva situación, evidente en esta última década, y la adhesión a un pasado de esplendor que todavía persiste en la realidad o en la memoria.

Con Los burgueses, Los monstruos sagrados, esos intocables que integran la sociedad argentina, Los salvadores de la patria —título tomado de un latiguillo que se suele agitar en los círculos políticos, financieros que se desdice con la marcha inexorable de la historia del país.

Hay una premisa en las novelas de Silvina Bullrich: las mujeres o los hombres que desfilan por las distintas páginas de esta pequeña comedia humana extraídos de los ambientes en que se mueve la novelista con mirada escrutadora y honda, viven desprotegidos, infatuados, y suelen ser hipócritas, emprendedores, audaces, inseguros en su felicidad y temerosos ante la vejez y el temor a la pobreza.

Su lucha, su soledad, su valentía para exponer problemas íntimos y de proyección nacional, estemos o no de acuerdo con el estilo de la novelista, autorizan a transcribir, asimismo, esta opinión acerca del feminismo, que no tiene nada de caprichosa y que se basa en su larga experiencia: "No soy feminista porque a lo largo de muchos años de trabajo y deambular por la vida he notado que el sentido de responsabilidad es mayor en el hombre que en la mujer."

Como se puede apreciar en sus novelas, Silvina Bullrich no rehúye la realidad, la recrea, y se coloca por encima de esos golpes, bien expresados por este verso de César Vallejo —"Hay golpes en la vida tan fuertes/ yo no sé"— que recoge la lección de la crudeza de estar de pie en la existencia: "Mis novelas nunca han sido única-



mente imaginarias; siempre han tenido un gran asidero con la realidad, sobre todo aquellas en que trato los temas femeninos y sentimentales. No obstante, en la novela de nuestros días los intereses del lector están más en el virtuosismo argumental-técnico que en el interés del argumento.

He ahíal creador de obras de ficción. La base —está expuesta con claridad en esta confesión de la novelista— es la realidad. Sin embargo, lo sabemos, el artista recrea y le da otra dimensión. Oscar Wilde, irónico, agudo siempre, lo expresó muy bien: "Detrás de la risa puede haber vulgaridad, pero detrás del dolor se encuentra siempre un alma."

Esta escritora incansable, polémica, que no se da tregua, que se defiende con admirable coraje de los ataques de sus enemigos y que acepta la crítica de sus adversarios, interpreta en sus narraciones -por lo menos de manera acabada en los últimos libros - los sucesos que sacuden a su patria o los que repercuten en el mundo. Expresa su dolorido sentir ante el auge de la especulación que se apoderó de los medios financieros en la última década, cambiando una economía de producción por el egoísta sistema especulativo -dinero ganado sin trabajo y con escaso riesgo-, que, si bien no es un delito, se convierte en un mal nacional cuando más de veinte millones de habitantes están apostando a esa riesgosa y

atrayente y destructora jugada. Así lo ha interpretado Silvina Bullrich. Así presenta a los padres, a los hijos y a los nietos de quienes proclaman salvar a la patria mientras la esquilman.

Escándalo bancario y Después del escándalo son testimonios vastos para comprender, más allá de las crónicas periodísticas, este drama de una Argentina profunda que se desgarra su verdadero rostro, para luego cubrírselo con la máscara de la Argentina superficial. Solamente La bolsa, la clásica novela de Julián Martel, en las últimas décadas del siglo pasado, puede servir de aproximación para comprender el propósito que llevó a la novelista a escribir esas últimas narraciones.

Esta pequeña comedia humana, desdeña por aquellos -lo suele repetir la autora- que no se detienen a comprender una lección de angustia creadora, está expuesta a través de un estilo muy particular e inconformista. No hace concesiones, porque en sus páginas el estilo ligero y nervioso persiste en la memoria de sus múltiples lectores, que también son seres a la deriva como la novelista. "Sí. Tu niñez ya fábula de fuentes", escribió Jorge Guillén. Volver a la infancia o a la adolescencia "no tiene otro origen -escribe Mariano Baquero-Goyanes² que el dolor.

² Mariano Baquero-Goyanes: Problemas de la novela contemporánea, Madrid, 1951.

NUESTROS ESCRITORES

Silvina Bullrich

OI EL TINTINEO DE LAS TAZAS

Oí el tintineo de las tazas del desayuno y el paso arrastrado de la mucama salteña. Me extendí y cerré los ojos. Adiviné cómo colocaba sobre la mesa la bandeja, se dirigía a la ventana, corría las cortinas, levantaba las persianas de madera. Alcé los párpados y murmuré:

-¿Qué día hace?

-Un lindo día.

Tendí la mano y tomé el diario. En ese momento Luis abrió los ojos. Me miró y sonrió.

-Estaba soñando.

-¿Qué soñabas?

En vez de contestar bostezó estruendosamente. Luego me dijo:

-La verdad es que te he aguantado durante quince años.

-Y yo a ti.

 – iVaya! iComo si yo fuera difícil de aguantar! Nunca molesto. Sonreí.

-Estoy seguro -agregó- de que si recorres nuestra vida no encontrarás nada que te haya molestado de veras. A las mujeres les gusta quejarse, pero si eres franca tendrás que confesar que he sido un marido... bueno, no diré perfecto, pero casi perfecto.

Me eché a reír y meneé la cabeza con fuerza. Durante unos segundos mi pelo siguió agitándose como una cortina movida por el viento. Me extrañó que Luis, por lo general tenaz en quedarse con la última palabra, no siguiera la discusión. Volví la cabeza. Encontré sus ojos clavados en mí con esa expresión grave, concentrada, que yo le conocía tan bien. Colocó su mano suavemente sobre mi brazo. Me deslicé hasta él.

Anoche, todavía, yo había pensado que no valía la pena buscar en nuestra unión algo más que un mutuo compañerismo, algo instalado, aceptado, cómodo, difícil de reemplazar a causa de las infinitas complicaciones que traen en la vida los cambios unidos a factores materiales, familiares, sociales. Anoche, como cien, como mil, como una cantidad incalculable de veces, yo había creído adivinar en él un rechazo. Siempre me había dicho que ese rechazo era irremediable y siempre había sido remediado al día siguiente. Durante muchos años creí que Luis, con esos desplantes, quería dejar sentados sus derechos de hombre. Ahora empezaba a darme cuenta de que esos derechos le pertenecían realmente, de que formaban parte de su naturaleza activa en el amor y en la vida.

Ahora estaba a mi lado, hierático, tan parecido a Luis dormido, tan parecido a Luis muerto. Sólo sus dedos lentos daban señales de vida.

Un gran silencio sonoro me envol-

vía, un gran silencio sin imágenes, sin pensamientos ordenados. Me abandoné a la irrefutable realidad de sentir, a toda esa tibieza, a toda esa costumbre. Y pensé sin ninguna sensación de triunfo, sin ninguna sensación de fracaso, sin agresividad, sin jactancia, sin pretender desafiar al destino, sin querer explicar ni justificar nada, simplemente porque ese pensamiento estaba allí casi tan palpable como la bandeja del desayuno:

-Es mi marido.

Y allá a lo lejos, en la tumba de Susana, en la memoria de Elena, de Isabel, de Felipe, de no sé cuántas personas más, quedaban, presos e inútiles, jirones de nuestras vidas. Y aquí yo oía en mis sienes como el languideciente zumbido de una abeja.

Ya sin amarras, ya sueltas en el aire, pero todavía visibles dentro de una nublada e informe nitidez, desmembradas como un barrilete que se desgarra en el viento pero que sigue siendo un barrilete, yo veía volar, fundirse en el espacio, esas tres palabras elocuentes: es mi marido. Y no sé por qué, nunca sabré por qué, algo en mí contestaba: por supuesto.

Después murmuré:

-Quiero dormir.

Luis no contestó nada pero me apretó contra él en un gusto protector.

Y todos esos recuerdos, esas emociones se hundieron suavemente conmigo en el sueño.



TAMBIEN NOS GUSTA HACER EL AMOR

También nos gusta hacer el amor cuando vuelves del vivero. Aunque no queda lejos muy pocas veces he ido a verte trabajar allí. Tienes leves dedos de cirujano con destrezas de escultor para ejecutar esos injertos de orquídeas que luego nacen esplendorosas, cálidas y nos recuerdan los entierros de los ricos, de los hombres públicos, de los asesinados. Sé que buscas una rosa con tonos azulados pero no me gusta ver cómo la procreas, me parece una infidelidad. La veré enhiesta en la punta de su largo tallo cuando me la traigas en un triunfante atardecer. Lo que me gusta del vivero es también lo que temo: su fragilidad. Trabajas entre cristales que pueden quebrarse por el ataque veloz del granizo, por un sol demasiado fuerte, porque un niño aprendió a confeccionarse una honda o por uno de esos vendavales de esta parte del mundo que aún no logra civilizar ni sus tormentas. Tampoco nosotros somos totalmente civilizados; si lo fuéramos no sentiríamos desde tan lejos todo lo que avanza hasta nuestra casa, hasta nuestra vida. Creo que Colón llegó demasiado temprano hasta nuestras orillas que aún no estaban preparadas para caballos ensillados y arneses de plata, para casas de ladrillo y de hormigón, para ceremonias rituales de diplomáticos extranjeros, para

tés con mermeladas de damasco y scons conservados calientes en una servilleta adamascada dentro de una guisera de plata.

Desde una madrugada en que despierta o dormida tuve la impresión de que tenía entre mis manos un gran globo transparente de escarcha, no sonreí más ante las aseveraciones de Domitila, que en vez de perfeccionarse en recetas de cocina prefería enterarse con exactitud del poder de una cruz de seda negra cosida en el vientre de un sapo por la noche del viernes o del martes; me contaba casos extraños pero no imposibles y ninguna lagartija buscaba el mimetismo del camino sin que ella me explicara el símbolo de su paso fugaz. Hablar de víboras y culebras ya eran palabras mayores, prefería no referirse a ellas o hacerlo bajo un crucifijo y se santiguaba. Muchas veces estuve tentada de preguntarle qué significado podía tener ese globo de escarcha en una mañana de fines de julio, pero le temí a su interpretación. Busqué la mía en la asociación de ideas entre esa esfera de hielo transparente y los vidrios endebles que durante el día entero te cobijaban mal de los rigores de la naturaleza. En vano me explicabas que vivías en una atmósfera ideal como la de una incubadora; ese calor dosificado hacía germinar las se-

millas, trastornaba las estaciones y los colores. Todo eso me asustaba un poco; suponía que la rosa roja debía pasar por una especie de muerte para llegar a ser lívida como tú la deseabas, el color azulado es un color de muerto y a veces en mis sueños oí gemir tus rosas que no querían empalidecer o tus orquídeas que se negaban a ser algo más que el decorado obligatorio de un ataúd lujoso o de mujeres rumbosas y venales. Cuando aún íbamos a alguna recepción me viste entremecerme y casi desfallecer y te confié al oído que no podía soportar esas llamadas boutonnières en que los tallos de las rosas o las orquídeas están envueltos con papel de plata como chocolatines. Es una ofensa para una flor.

Me gustaba tu olor cuando llegabas del invernadero. Te respiraba, los ojos entrecerrados, como si penetrara en una selva. Tú, tan carnal y fuerte como un tronco, cobrabas lejanos relentes de musgo y de helechos; te sentía más frágil y en tus ojos se tornasolaban los tonos de las flores violadas. Me entregaba como quien se adormece en un pedazo de jungla a la vez acogedor, y riesgoso o como quien se duerme suavemente en la nieve después de una lucha inútil; otra vez se mezclaban las hamacas paraguayas y los hermanos Karamazoff, la tibieza de las sábanas encendidas por nuestros cuerpos ardientes y esa blandura de la nieve que a la vez cede y resiste hasta que llegan refuerzos desde el cielo para cubrir entero a quien se entregó a ella.

Pero esa dicha inmóvil estaba cargada de otros malos presagios además

del de la escarcha convertida en una luna llena entre mis manos heladas del amanecer. Tú ni siquiera presentías esos presagios. Yo no los buscaba ni los encontraba como Domitila en el croar de las ranas, en las noches sin luciérnagas o en una amapola extraviada por error en el cesto de las verduras. Los observaba atónita en un hecho innegable: el pueblo no me asimilaba. Creo que apenas me vio a lo largo de los años que vivimos allí. Cosa sorprendente en un lugar donde todo se comenta y cualquier recién llegado es un acontecimiento: no me vieron llegar. Me dejaron infiltrarme entre ellos como un espía inocuo e intrascendente. No me abrieron los brazos ni me cerraron las puertas. No me vieron pasar. Comencé a preocuparme cuando el frutero me ofreció por cuarta o quinta vez bergamotas que no compro jamás y cuando el carnicero volvió a proponerme costillas de cerdo, hígado y morcillas, todas cosas que aborrezco. Mis gustos no interesaban a mis proveedores. Salvo Domitila, nadie me asimilaba al lugar ni al paisaje. Todas las mañanas el canillita me preguntaba qué diario quería como si no llevara siempre el mismo; las mujeres no protestaban cuando tomaba el lugar que no me correspondía en una cola, seguían hablando sobre mis hombros con total indiferencia. Aún hoy no podría recordar por esfuerzo que hiciera el nombre de la panadería, del mercado, de la farmacia, del lugar. Si los hechos no hubieran consolidado mi presagio podría decirse que todo se esfumaba ante mi obsesionada felicidad. Pero la

dicha no siempre nos vuelve distraídos; a menudo por el contrario fija en nosotros una esquina trivial, una calle mediocre, una mercería que se pone a flamear como embanderada por sus cintas de todos colores y las astas diminutas de sus agujas con ojos dorados. La gente dichosa (todo el mundo lo sabe) es la presa perfecta para las ferreterías y las papelerías, donde cada objeto parece indispensable: ¿cómo privarse de esa tijera de podar, de esos repasadores con los signos del zodíaco, cualquiera hubiera comprado el que me correspondía y el que te correspondía, de esas gomas de borrar, de esos lápices dado que los lápices comprados anteriormente siempre se escurren al poco tiempo de las casas? Debe de haber en algún rincón del mundo un inmenso cementerio de lápices, de alfileres de gancho, de gomas de borrar, de papel carbono, de repasadores con recetas de bouillabaise y un chef con gorro blanco y cucharón de madera, de broches para papel, de leves plumeros blancos para automóvil. Nunca sabré cómo se llamaba el almacén ni cuándo se quemaron las velas que comprábamos para los apagones. Ni siquiera sé con exactitud dónde cargaba nafta ni si el cesto de provisiones me resultaba demasiado pesado.

Dentro de la casa debía de haber a menudo olor a la comida que me obligaba a abrir las ventanas o sea aroma a café que conforta y se esparce por todos los ambientes. Yo no los recuerdo. Sólo recuerdo con precisión tu perfume de pan caliente, de árbol asoleado por un sol que vencía la humedad

de los helechos, de las lianas, del musgo, de las flores, de las macetas con tierra recién regada. Eras la carne y la sal de la tierra. No éramos únicamente felices sino elegidos para la trascendencia.

Cuando te conté con preocupación que el frutero me ofrecía bergamotas y el carnicero hígado y chuletas de cerdo me dijiste que eran frases mecánicas; acaso les resultaba más difícil vender esa mercadería que la que yo elegía. Luego salimos a caminar y noté tu brazo pesado sobre mi hombro. No te lo dije para que no lo retiraras pero a cada paso me pesaba más y más. Recordé que antes me apoyaba yo en tu antebrazo. ¿Antes? ¿Qué quería decir esa palabra, antes? ¿Ayer? ¿La semana pasada? No lo sabía, nadie sabe con exactitud cuándo se ha besado unos labios o una frente por última vez cuándo se ha asomado por última vez a una ventana o ha mirado ese río, ese paisaje que debía extenderse ante nuestros ojos hasta el fin de los días. Siempre hay algo que hemos hecho por última vez. Y no lo sabemos. Hay un libro que no releeremos jamás, una ciudad a la que hemos ido veinte veces y nunca volveremos, un rostro que desaparece del mundo cuando estábamos distraídos en un viaje o en un amor, en un triunfo o en un fracaso.

Nuestras caminatas de anochecer se fueron acortando sin que yo lo notara hasta que quedaron reducidas a quinientos metros, y el bar al final del camino de tierra donde solíamos entrar para tomar algo que nos reconfortara en las noches de frío ya era sólo una lucecita que parecía muy lejana, inalcanzable. Entonces volvimos lentamente, pasamos entre los macizos de laureles rosa hacia la ventana de la biblioteca iluminada, como dos náufragos hacia un buque fantasma. Era una noche de estrellas y luciérnagas, noche de gri!los y de ranas, noche sonora, sordamente ululante, con vida propia, estrechamente cercada por balidos de terneros al destete, de perros asustadizos y de pitadas de locomotoras.

Frente a frente, mis manos entre las tuyas y los ojos confundidos en el fondo de cada pupila terminamos de contarnos todo lo que había ocurrido durante el día y comenzamos a contarnos todo cuanto habíamos pensado. En el anticuario, que tampoco me veía y me dejaba hurgar como un fantasma que no dispone de medios para comprar ni de tentaciones para robar, había visto un sulfuro muy extraño en cuyo interior en vez de una capilla sobre la cual se agita la nieve al moverlo, o de un ramo de flores o de un escarabajo, había un cofre de pirata, abierto, lleno de monedas de oro. Te quedaste pensativo y supuse que lo compraríamos aunque casi nunca comprábamos nada, no por avaricia ni por precariedad sino porque los objetos nos gustaban más lejos que de cerca; formaban parte de ese mundo mágico que podía quedar deslucido al intentar aprehenderlo. Te conté que había tres abanicos japoneses y me dijiste que te gustaría volver a Kioto y a sus jardines con agua, puentes y piedras, con sus casas de té con tabiques de papel que permitían estar a la vez adentro y afuera, in-



ternarse entre el follaje sin desplazarse de la estera donde se medita de cuclillas en la larga y serena ceremonia del té. Pensabas en voz alta en las flores de Kioto y yo no sé por qué las veía como flores de papel o bordadas en los kimonos de las geishas y tú en cambio las recordabas vivas acompañándote como amantes hasta el rumoroso vivero donde me eras infiel con las rosas y las orquídeas.

Buscábamos mapas y libros en la biblioteca, folletos y diccionarios y entre las imágenes de un pedazo de mundo que no conocíamos iban surgiendo como esquirlas de piedra bajo el buril de un escultor los recuerdos de otros países que habíamos visto juntos o separados. De pronto, era inevitable, la silueta de otro hombre se dibujaba junto a la mía, o la de otra mujer junto a la tuya y pertubaban nuestra intimidad sin límites con involuntarias infidelidades. Mi lealtad me llevaba a la impudicia y tú me hacías callar; intentabas explicarme que el mundo había comenzado el día de nuestro encuentro y nuestra comunicación mórbida, casi enfermiza, que nos hacía repetir a la hora del encuentro los gestos y las palabras dichas durante las horas de ausencia, no debía traspasar el umbral del primer deslumbramiento. Allí, los dos de pie, absortos ante el milagro habíamos dejado caer el pasado a nuestros pies como Lázaro su mortaja al entrar en la nueva vida que le había sido concedida. Tú y yo no existíamos como dos unidades, sólo existía nosotros.

Domitila nos daba las buenas noches después de habernos llevado el termo de agua helada al dormitorio. Le sonreíamos. Cuántas sonrisas nuestras andarán aún prendidas por esos anaqueles de madera lustrada llenos de libros colocados juiciosamente verticales, en hileras, y luego poco a poco cubiertos por otros, horizontales, sin encuadernar, y fotografías de nosotros dos en el jardín, en París, en Jerusalén. Cuántas sonrisas nuestras seguirán prendidas entre las ramas de los laureles rosa, las lambercianas que nos separaban de los vecinos de la izquierda, los crataegus que limitaban nuestro terreno de la quinta de la derecha.



ALDO SE MIRO EN EL ESPEJO

Aldo se miró en el espejo y tuvo que admitir su creciente narcisismo. Justificado, por cierto. Se quitó su chaqueta corta de terciopelo granate, última moda aquel verano en Montecarlo; vio su cintura angosta ceñida por una faja de seda negra que desenrolló como un enamorado. Estaba de pie, alto, bronceado, la camisa bordada y la corbata granate también fueron a parar sobre el sillón y se quedó contemplando su cuerpo cubierto sólo por el pantalón angosto ribeteado de seda, sus medias transparentes, sus zapatos de charol. Se quitó todo menos el calzoncillo, pues le molestaba sentarse desnudo en el sofá del hotel. La infaltable botella de champagne se helaba en su balde de plata. Se sirvió sólo un sorbo. Ya había bebido bastante y quería sentirse lúcido para pensar. Tenía la impresión de que el mundo estaba entre sus manos. Veinticuatro años, la plenitud de la vida y agradeció al cielo la torpeza de su padre y de sus tíos al manejar sin discriminación los créditos del Banco Bari.

A menudo recordaba su fervorosa adolescencia, su orgullo de banquero y no pizzero, su pasión por el campo argentino y la pureza de sus ambiciones. El, el nieto de un capo de la mafia, había creído en el país más que los aristócratas de la vieja cepa. Era de-

masiado chico entonces para comprender que ellos habían sido a la vez víctimas y victimarios. iEra tan fácil ser banquero! ¿Entonces por qué no serlo? Siete años de Europa le habían demostrado que en los países serios los gobiernos no permiten que se abran bancos sin recaudos estrictos. Enzo, Dante, Giani, Bruno aprovecharon como tantos otros la posibilidad de unirse al coro de aventureros que haría tambalear las finanzas y hasta la estructura social del país que los había recibido generosamente.

Se alzó a medias con un gesto perezoso para tomar la abultada carpeta en la que conservaba las cartas y los recortes recibidos de la Argentina durante aquellos años. Los había necesitado para plantearle a Bruno sus planes de porvenir ya discutidos con Carlo.

Ahí estaban dos años de quiebras en cadenas, treinta o cuarenta bancos y financieras intervenidas, decretadas en quiebra y un changuito de La Rioja que nunca había visto un dólar pagando cien dólares al menos por intermedio del Banco Central a causa de cada despilfarro incomprensible. Cinco mil dólares había pagado en menos de un año cada habitante de la Argentina; la anciana encorvada y con várices que volvía del mercado después de discutir

acaloradamente el precio de los zapa-Ilitos, la lavandera de manos moradas y encallecidas por lavar ropa ajena, el pastorcito que apenas se atrevía a tomar la leche de sus cabras porque de la venta de ese precioso alimento vivía toda la familia, y la madre que hacía los sabrosos quesitos redondos, y el peoncito imprudente que había perdido una mano en una segadora, él, hasta entonces habituado a los arados tirados por los bueyes o caballos, y el estudiante que comía una vez al día para poder comprar sus libros y vivir en una pieza de pensión de la ciudad, y el obrero que sólo tenía sus dos manos o aquel que tenía un muñón. Y las mujeres solas, las viudas, las divorciadas, las que se sentían oprimidas por el desamparo, el miedo a la vejez, a la enfermedad, a la soledad, a la pobreza sin más resguardo que irrisorias jubilaciones. Cinco mil dólares mensuales para cubrir las quiebras de los poderosos que seguían viviendo en el mismo tren con su yate en Montecarlo y sus temporadas de esquí en Saint Moritz, sus departamentos en París, Avenue Foch por supuesto, su chalet en Marbella lo que les daba la gana tener.

Mientras tanto allí en la Argentina el baile macabro continuaba. A la gente casi había dejado de importarle que la vida fuera cara, habían caído en la desesperanza, en la inacción en el ¿para qué? y en el ¿qué le va hacer? Todos estos recortes unidos daban miedo sobre todo al cotejarlos con los aumentos indiscriminados de los servicios públicos de primera necesidad, luz, agua, gas. Había un recorte amari-



llo en el cual se probaba que decenas de inocentes muertos en un accidente de tren eran las víctimas de durmientes de madera blanda en vez del quebracho obligatorio "y se habían quebrado como fósforos". Hacía seis años de eso pero Aldo, que en aquel entonces acababa de cumplir los dieciocho, se había sentido produndamente emocionado, podía haberse enamorado y haberse casado con alguna de esas chicas muertas entre hierros retorcidos. Leyó notas sobre gente que se suicidaba, acosada por las dificultades materiales insalvables, la imposibilidad de salir del pozo. Guardó todos los recortes, todas las cartas y durante cuatro o cinco años sintió un placer morboso al recibir esas noticias.

Su vida, por supuesto, no se había limitado a mirar hacia esa América del Sur cada vez más lejana. Sus problemas sentimentales y sus apetencias sexuales eran predominantes. Nathalie se había vuelto celosa y había impedido su unión con Chantal, la prima linda y atractiva, ahora casada con un lord inglés, banquero por añadidura, pero no de un Banco Bari como había acotado Nathalie con desdén.

–Vos también sos una Bari, Nathalie –le había espetado Aldo. —Pero tuve la sensatez de no meterme a ser banquera sin siquiera saber la diferencia entre un cheque y una boleta de depósito como hicieron ustedes.

-Yo no, yo tenía apenas quince años.

-Pero estabas loco por ser banquero.

—Cualquier chico de esa edad prefiere ser banquero que pizzero. Vos preferiste ser condesa, no te casaste con un Baricucci siciliano.

Nathalie admitía que todo el mundo quiere progresar. Por eso mismo Chantal debía entrar en una familia encumbrada y Aldo, a su vez, buscar a una chica de alcurnia. Así irían dejando atrás la sombra nefasta del clan Baricucci y del Banco Bari.

Aldo había ido entrando en razón acunado por los besos ardientes de Nathalie, que agregaba a sus argumentos:

-Además no quiero perderte.

A los dieciocho años se cree aún en las palabras.

Aldo miró las luces de la bahía de Mónaco. Allí abajo a sus pies estaba el yate de Bruno, que todos creían propiedad de un petrolelo griego, con pista de aterrizaje para su helicóptero. Carlo también había asistido a la reunión y vivía, como Aldo, en el Hotel de París.



22

INEDITOS

El fondo del Espejo A Lovecraft

Por Beatriz Escalante

Es natural que no me hayan creído. Acaso no lleguen a admitirlo antes de que sea demasiado tarde. Mas yo tenía que decirlo, aunque la denuncia me haya arrebatado no sólo el prestigio científico que tantos años tardé en obtener, sino mi cargo en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad de Massachusetts. Si cuando menos se hubiera entablado una lucha encarnizada para desmentir mis palabras, si tan siquiera me hubieran dejado relatar todo lo que sé. Pero no, se limitaron a sonreir compasivamente, y a causa de su esepticismo o tal vez para conservar la tranquilidad, consideraron lo sucedido como producto de mi imaginación, como un desvarío ocasionado por el desequilibrio emocional que, según ellos, provocó en mí la muerte de mi hija. Sin embargo, yo que también he dudado tantas veces, recuerdo perfectamente que todo comenzó mucho antes de que ella falleciera; incluso he llegado a pensar que aquello influyó en su prematuro fin.

Han transcurrido tres inviernos desde la primera visión. Era el mes de diciembre y habíamos ido a pasar las vacaciones a la laguna de Eilsbur, un apacible lugar situado a cincuenta millas de Boston. Innumerables veces había estado con mi familia en ese si-

tio, pero aquella vez fue distinto. Me hallaba sentado en la orilla de la laguna y me entretenía en mirar su tranquila superficie cuando observé que los árboles de mi alrededor dejaban de ser reflejados fielmente en el agua; abrí y cerré los ojos varias veces para cerciorarme de que no me había quedado dormido, pero estaba despierto, completamente despierto y los árboles continuaban transformándose.

Incansablemente he tratado de explicármelo. Al principio mis especulaciones no se prolongaron más de lo que dura el comentario de un hombre de ciudad al enfrentarse con algún fenómeno extraordinario de la naturaleza. La siguiente ocasión en que hablé del asunto a mi esposa, ella había olvidado mi visión en la laguna de Eilsbur. Dijo que yo atribuía demasiada importancia a cosas que no la tenían y volvió a su rutina sin preocuparse más; yo, en cambio, he terminado por no poder pensar en otra cosa; abandoné paulatinamente la investigación sobre costos de capital que iniciaba en aquellos lejanos días de paz. Y durante los últimos meses dediqué todo mi tiempo a realizar intensos estudios con el propósito de descubrir la verdadera naturaleza de los extraños espejismos que desde entonces me acosan. Incursioné en la Física con la hipótesis de que

aquello que denominé inicialmente "espejismos", eran visiones similares a las que tienen los viajeros del desierto cuando creen ver un oasis en la proximidad. Pensé que tanto la visión de los árboles de Eilsbur, como la que mi estupefacción se desarrolló sobre los grandes espejos que recubren uno de los modernos edificios en la Cuarta Avenida, eran imágenes aéreas de objetos ubicados más abajo del horizonte, y que conducidas por la luz se refractaban al pasar por capas de aire caliente o frío. Sim embargo, tales visiones rebasan los principios de la Optica, no se ajustan a sus leyes; no sólo porque el medio en que pudieron proyectarse no presentó las condiciones requeridas para que se produjera un fenómeno de espejismo, según lo comprobé más tarde en los informes del Instituto de Física, sino porque no existen ni en la realidad ni en la fantasía de los hombres esa clase de "objetos". Posteriormente, y aunque la idea me resultaba inaceptable, penetré en los complejos secretos de la Psicopatología; pero a pesar de contar con la ayuda de Harrison, un especialista en quien equivocadamente confié, no hallé en la literatura científica ni en los vastos archivos médicos ningún caso de "alucinaciones" similares a las que me atormentan.

Ahora que no tengo la menor duda sobre el buen estado de mi salud mental, no obstante se han cumplido tres días desde que me encuentro prisionero en este hospital psiquiátrico, mi desesperación es mayor, pues se han vuelto prácticamente nulas las posibilidades de que se conceda crédito a mis testimonios acerca del inminente peligro que asecha al género humano. Estoy consciente de que todo esto parece absurdo si se carece de pruebas contundentes, sin embargo las tuve. Las conseguimos Harrison y yo. Me parece inadmisible que él se haya retractado en cuanto percibió las primeras muestras de incredulidad en nuestros interlocutores, una incredulidad que habíamos previsto y que nos sentíamos capaces de destruir con evidencias. El que por temor a compartir el descrédito que hoy me cubre me haya traicionado, a sabiendas de que nunca he sido aficionado a fantasear, de que por mi profesión siempre he trabajado con números objetivos, con cifras precisas, me resulta incomprensible. Si no fuera porque sé lo difícil que es mantenerse en esta certeza, juzgaría con más rigor la actitud del doctor Harrison quien después de haber comprendido cabalmente el significado de cuanto sucede, no impidió que me internaran en este nosocomio desde donde mis palabras no pueden revestirse de otro velo que no sea el de la locura.

No sé todavía cuál será el modo del que habré de valerme para que me oigan; casi he perdido las esperanzas de que me crean, pero aún así es indispensable que me escuchen. Quizá alquien reaccione y se de cuenta de que estoy en esa situación que frecuentemente se abate sobre ciertos individuos a quienes otros hombres reducen a una posición infamante, con tal de no tener que reconocer la veracidad de lo que dicen, en este caso, la existencia de algo tan siniestro para el hombre.

Tal vez el mismo doctor Harrison recapacite, pues es seguro que las visiones y las muertes seguirán aumentando.

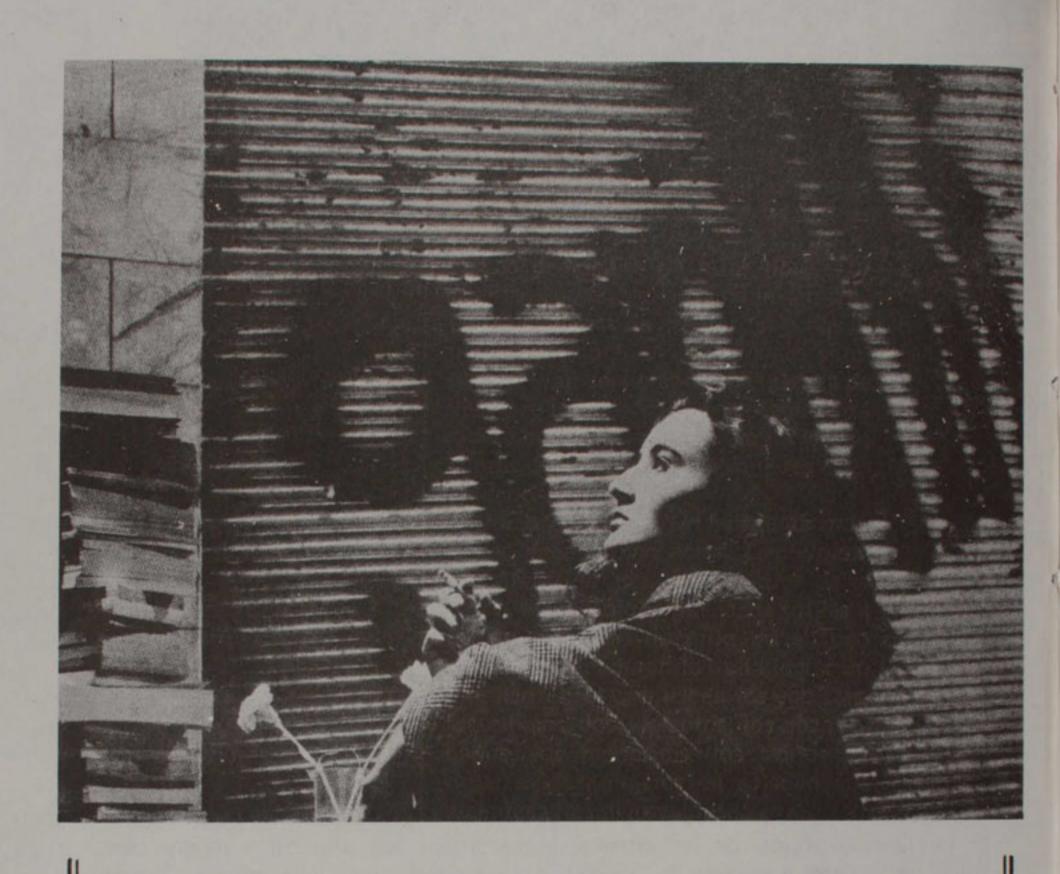
Hay momentos en que me resisto a aceptar que estoy en este lugar; que no hayan querido reconocer en la muerte de mi hija un indicio innegable, siendo que me sobrepuse a mi dolor y les señalé el tono opaco que había adquirido su cuerpo, ese color negro ahumado tan fuera de lo normal, que parecía no reflejar la luz e incluso absorber la claridad de la habitación.

Si como pienso no he sido víctima de alucinaciones o espejismos; si no soy el primer infeliz caso de una enfermedad psicológica hasta hoy desconocida; si es verdad todo lo que he visto, la humanidad corre un grave peligro, que de no desembocar en el aniquilamiento de todos los seres humanos, puede generar una esclavitud para la cual no haya término.

Tal vez a estas horas sea inútil intentar la destrucción de los espejos; tratar de someter a incansable vigilancia los lagos y todas las aguas estancadas, o querer impedir que las superficies pulidad reflejen la luz. Es poble que nuestras propias imágenes, las que surgían puntualmente en lagos y espejos cuando nos acercábamos a mirarnos en ellos, no vuelvan a aparecer jamás. Es muy probable que en este mismo instante, muchos hombres observen atónitos que ese lugar en el espejo donde se veía su propio cuerpo, está ocupado por seres de extraños contornos, cuya peculiar consistencia es capaz de traspasar la barrera del cristal y arrancar la vida y la luz a los cuerpos humanos, dejándolos muertos y opacos como el de mi hija.

No puedo oir lo que pasa afuera de este cuarto. No ancanzo a determinar el estado actual del peligroso avance, pues los médicos, engañados de que padezco una fobia a los espejos, me han encerrado en esta habitación donde ni siquiera hay ventanas. No sé hasta donde haya llegado la insospechada proliferación de las imágenes; es factible que los mismos médicos ya hayan visto lo irremediable y decidan venir a buscarme. Me atemoriza pensar que nuestro tiempo haya terminado. Tengo que encontrar alguna forma, algún argumento, una explicación racional; es preciso que entiendan. Acaso no sea demasiado tarde.





La nueva época Librería MONTE PARNASO

Literatura * Arte * Música Carrillo Puerto núm. 6, Coyoacán

(Tambien lo atendemos por teléfono) Tel. 658 57 18





RUFINO TAMAYO RETRATO DE OLGA, 1982 **Novedades**





LA BURGUESÍA MEXICANA.
El emporio Braniff y su participación política, 1865-1920
María del Carmen Collado
\$ 8 500.00

CAMPESINOS AL ASALTO DEL CIELO.

De la expropiación estatal a la apropiación campesina

Gustavo Gordillo

\$ 18 000.00

¿SALTAR AL REINO DE LA LIBERTAD?

1. Crítica de la transición al comunismo
Mario Salazar Valiente

\$ 13 500.00

FUNDAMENTOS DE LA INVESTIGACIÓN CLÍNICA Donato Alarcón Segovia, Juan Ramón de la Fuente y Antonio Velázquez Arellano, comps. \$ 12 500.00

DEL FUEGO

Blanca Luz Pulido

Toda la noche vi crecer el fuego. José Emilio Pacheco

Toda la noche vi crecer el fuego y no pude tocarlo ni sumarme a su encuentro luminoso.

Toda la noche supe de su danza de su comercio con el viento y no quise unirme a su llegada ni celebrar su magnifico retorno.

El fuego es la renuncia de las cosas a su aspecto tenaz, a su dibujo.

Toda la noche vi crecer el fuego y no conocí su voz ni apuré su llama.

Y aquí estoy en este paisaje de cenizas.



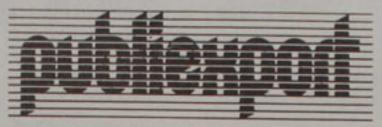
Otros títulos en Letras Mexicanas:

Silvia Tomasa Rivera DUELO DE ESPADAS

Arturo Ramírez Juárez RITUALES

Angelina Muñiz-Hubermann DE MAGIAS Y PRODIGIOS





Publiexport, s.a. - Consorcio de Exportación de Libros y Publicaciones

NOVEDADES

SOCIOLOGIA DE LA RELIGION R. Bastide

VIAJE A SAMOA F. Schwob

AVENTURAS SUBTERRANEAS DE ALICIA L. Carrol

PAGINAS POSTUMAS R. Musil

PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA Baudelaire

LUZ EN EL SENDERO M. Collins

EL LIBRO DE LAS DIVERSIONES P. Berloquín

CUANDO ENTONCES J.C. Onetti

LA GESTALTERAPIA A. Moreau

TROVADORES Y TROVEROS R. Nelli

edicioneseera

NOVEDADES • LIBROS RECIENTES

Carlos Monsiváis ENTRADA LIBRE

CRÓNICAS DE LA SOCIEDAD QUE SE ORGANIZA

Elena Poniatowska LA "FLOR DE LIS"

NOVELA

José Lezama Lima MUERTE DE NARCISO

ANTOLOGÍA POÉTICA . SELECCIÓN Y PRÓLOGO: DAVID HUERTA

Emilio García Riera MÉXICO VISTO POR EL CINE EXTRANJERO

TOMO 1 = 1894/1940 TOMO 2 = 1906/1940 FILMOGRAFIA

David Martin del Campo LOS MARES DE MÉXICO

CRÓNICAS DE LA TERCERA FRONTERA

Bárbara Jacobs LAS HOJAS MUERTAS

NOVELA • PREMIO VILLAURRUTIA 87

Augusto Monterroso LA LETRA E

FRAGMENTOS DE UN DIARIO

David Huerta INCURABLE

POESÍA



LA UNION SOVIÉTICA:

BORÍS KAGARLITSKY MAX HAYWARD S. OKADA / L. ABALKIN MIJAÍL GORBÁCHOV

DEL PALACIO DE INVIERNO A LA PERESTROIKA

*

MARIA DARAKI FOUCAULT Y EL AMOR GRIEGO



era

PROGRAMACION FORO GANDHI MES DE ABRIL.

MUSICA

Poesía Musicalizada con OFELIA ASENCIO Y LIBERTEMA Martes 5, 12

Horario 20:00

DANZA FOLKCLORICA

Con el Grupo IZTACIHUATL Martes 19

Horario 20:00

JAZZ

Con SALVADOR AMADOR Miércoles 6, 13, 20, 27

Horario 20:00

MUSICA URBANA

Con EL JUGUETE RABIOSO Jueves 7, 14, 21, 28

Horario 20:00

NARRACIONES DE CUENTOS

Grupo SANTA CATARINA Viernes 8, 15, 22, 29 18:00 hrs.

TEATRO INFANTIL

"GIRASOL". Escrita y Dirigida por JOSUE BONILLA Sábados y Domingos 12:00 y 13:45

GALERIA

Sueños Reales de JAVO Técnica Mixta

EDITORIAL CRUZ

Presenta: "LA CORRUPCION EN LOS ESTADOS UNIDOS" Por JULIO ZAMORA BATIZ 19:30 Hrs. Lunes 4

EDITORIAL NUEVA IMAGEN

Presenta:
YESTERDAY Y MAÑANA
de: Mario Benedetti
martes 26 horario 19:30 hrs.

TEATRO

VIADUCTO"
De: Ana María Salazar
Dir: Ana María Salazar.
Viernes 4, 11, 18 y 25

"A LA ORILLA DEL

20:00 Hrs.

Sábado 5, 12, 19 y 26 Domingo 6, 13, 20 y 27

19:00 Hrs

PARTICIPANTES

LOS PRIMEROS PASOS

Eduardo Mosches

NUESTROS ESCRITORES

Páginas de Silvina Bullrich Nicolás Cócaro

Silvina Bullrich
Oí el tintineo de las tazas
También nos gusta hacer el amor
Aldo se miró en el espejo

INEDITOS

El fondo del espejo Beatriz Escalante

Consejo de Redacción: Gerardo Amancio y Guillermo Samperio Director: Eduardo Mosches Corresponsal en España: Julia del Solar Corresponsal en Italia: Edmundo Font Corresponsal en Argentina: Cristina Bartolucci

diseño: María Eugenia González